La profanación de la historia sagrada

-Sobre la idolatría historicista y su intromisión en la interpretación de la Biblia-

"*¿Qué historiador no ha soñado, como Ulises, que podía alimentar las sombras con sangre a fin de interrogarlas?*" (Marc Bloch)

"*Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*" (2 Pe 1:19)

Presentación del tema

La entrada del Occidente en la modernidad planteó a la comprensión cristiana de la historia, y al estudio de la Biblia, unos desafíos que nunca antes se habían planteado. La enorme relevancia que la historia pasó a tener dentro del conjunto de la cultura, junto al surgimiento de nuevos criterios y métodos de autentificación de la misma, no sólo impactaron sobre el modo de comprender la realidad humana en general sino que pusieron en jaque a las Escrituras impugnando su historicidad, y por lo tanto su confiabilidad.

Ese ataque a la historia sagrada fue realizado desde distintas perspectivas, a veces extremadamente diferentes e incompatibles entre sí, como el escepticismo de Voltaire y Hume, el panteísmo de Hegel, el mesianismo materialista de Marx, el criticismo histórico, y otras. Pero aquí no nos interesan las variantes filosóficas e ideológicas del ataque sino sólo un componente central de los mismos que es *la puesta en duda de la credibilidad de las Escrituras por medio de la crítica de su historicidad*.

Es decir, de uno u otro modo, se negó y/o puso en duda la realidad histórica de los protagonistas y hechos de las historias narradas en el Antiguo Testamento, así como del Señor Jesús y los hechos relatados en el Nuevo Testamento. Una variante del ataque consistió en poner en duda la confiabilidad de las fuentes de este último, argumentando que hay tantas versiones de los manuscritos antiguos del Evangelio que no se puede saber cuál de ellas es legítima. Lo cual resulta, en definitiva, en una impugnación indirecta de su historicidad.

A raíz de esos ataques varios teólogos y eruditos cristianos trataron de defender la verdad de las Escrituras. Las defensas fueron de diverso tipo: algunos propusieron separar en la Biblia la historicidad de los hechos narrados de su significación espiritual, y afirmaron que sólo esta última es importante para el creyente. Otros han estudiado a fondo los documentos disponibles y trataron de demostrar que la Biblia, y en particular el Evangelio, cumple con los criterios de historicidad propuestos por la historiografía moderna. De hecho, hoy muchos cristianos se creen en el deber de afirmar que los Evangelios son "documentos fidedignos" conforme a los criterios establecidos por la historiografía secular.

Pero el problema de esas defensas, cuya buena fe no negamos, es que parten de la misma perspectiva que los atacantes: la comprensión profana de la historia. Nosotros aquí tomaremos otro camino. No nos interesa someter a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento a la prueba de los criterios seculares de historicidad, sino, al contrario, intentaremos explicar brevemente porqué esos criterios son *irrelevantes para la comprensión genuina de la historia sagrada* narrada en las Escrituras.

La historia como problema

La gente en general da por sentado que lo histórico es lo que realmente ocurrió. Es decir, histórico es algo que en cierto momento del pasado fue un presente real y concreto. Debido a esa ingenuidad de base, se tiende a tomar a las historias relatadas en los libros, la prensa y los documentales, como si fueran reflejos fieles de lo ocurrido. Pero la verdad es más complicada. Y los historiadores profesionales lo saben mejor que nadie.

De modo que vamos a ver algunos de los problemas involucrados en el conocimiento histórico. No vamos examinar a fondo todas las cuestiones en juego como lo haría un historiador o un filósofo de la historia, pues aquí sólo nos interesa ayudar a los lectores cristianos a deshacerse de la *idolatría historicista* que está en la base de los ataques, y en la cual muchos han caído sin darse cuenta. Veamos...

a) La historia trata con el pasado, es decir con algo que *ya no es*. Los historiadores y filósofos de la historia suelen discutir la relación entre pasado e historia; pero, cualquiera sea su posición al respecto, todos están de acuerdo en que lo pasado no existe más que como huella y reconstrucción. Por eso dice uno de ellos, Marc Bloch: "*Como primer rasgo, el conocimiento de todos los hechos humanos en el pasado y de la mayoría de ellos en el presente, tiene que ser un conocimiento por huellas*". Y otro experto, Le Goff, prologando un libro del primero, lo avala diciendo que un historiador "*debe resignarse a no poder conocerlo todo del pasado, a utilizar 'un conocimiento por huellas', a recurrir a procedimientos de 'reconstrucción'*".

Así, el pasado pasó. Pueden sobrevivir las consecuencias del pasado, y conservarse algunas huellas del mismo, pero los hechos mismos ya no existen. Por lo tanto no hay comprobación directa de la historia. El historiador nunca tiene ante sí los hechos que estudia, como un entomólogo tiene los insectos que observa o un químico las sustancias que analiza. La historia es, por su misma naturaleza, algo ausente y recreado.

b) A su vez, no todo evento ocurrido y del cual se conserva una huella es historia o parte de una historia. Un bosque de árboles petrificados o una playa donde las piedras han sido erosionadas por el mar, son indicios del paso del tiempo y de ciertas transformaciones ocurridas pero no conforman una historia. Para que haya historia tiene que haber *una narración*. Y una narración presupone una *perspectiva,* un *punto de vista,* desde el cual se narra lo sucedido.

Por lo mismo, los expertos en historia coinciden en afirmar que la historia implica siempre una auto-comprensión: un modo de verse en el presente de parte de quien genera la narración sobre el pasado. Como dice Le Goff "*toda historia es contemporánea en la medida en que el pasado es captado desde el presente y responde a sus intereses*". Dicho en forma simple, vemos el pasado de acuerdo al modo en que nos vemos, o queremos vernos, en el presente.

c) Eso, a su vez, pone en juego la cuestión de la objetividad de la historia. Al respecto, el mismo autor dice en otro lugar: "*Esta relación entre pasado y presente en el discurso sobre la historia es en todo caso un aspecto esencial del problema tradicional de la objetividad histórica".*

Es decir, no hay una realidad objetiva del pasado. Lo que hay es una *objetivación realizada a posteriori* en base a criterios y métodos que dependen del presente del

historiador, su perspectiva y su cultura. Por lo tanto, el problema fundamental del historiador para determinar la historicidad de un hecho es contar con documentos fidedignos cuya evaluación y comparación le permitan reconstruir lo sucedido.

Dicho todo esto, es claro que un cristiano debería preguntarse bajo qué perspectiva se elabora la historia y se definen los criterios de historicidad que son utilizados en contra de la confiabilidad de las Escrituras.

La historiografía moderna como posición ante Dios

¿Cuál es la perspectiva del historiador secular? Para decirlo de manera simple y directa: es una perspectiva que prescinde de Dios. Al historiador secular le interesa determinar la historicidad de los hechos, reconocer sus interrelaciones dentro de un curso temporal, y explicarlos de un modo inteligible para el lector contemporáneo suyo. Para ello trabaja de acuerdo a los métodos y principios de su disciplina. Pero todo eso se realiza desde una perspectiva puramente humana. Así, para él *Dios no cuenta dentro de la historia*. Y si cuenta es sólo como un factor humano, antropológico, es decir como una creencia de los hombres implicados en la historia; pero no como verdadero agente de la misma.

La historia secular, cuando no es declaradamente atea como la de Marx, o panteísta como la de Hegel, es agnóstica. No importa si en su vida personal el historiador se considera creyente, pues cuando examina los documentos, reconstruye la historia, la narra e interpreta, no tiene en cuenta a Dios y su divina providencia. El hombre común, por su parte, se hace eco de esa perspectiva y lee la historia que le ofrecen los profesionales (historiadores, periodistas, documentalistas, etc.) como si fuera una historia objetiva. Pero lo cierto es que se trata de una historia recreada desde un punto de vista específico: uno que niega o prescinde de la intervención de Dios en la historia

Entonces, la pregunta que un cristiano debería hacerse es: ¿puede una historiografía basada en una perspectiva agnóstica tomarse como *norma* para establecer la legitimidad histórica de los datos bíblicos?

En lugar de contestar a eso en abstracto, o por medio de algún clisé, como cuando algunos afirman "el cristianismo no reniega de los avances del conocimiento humano" y cosas por el estilo, veamos un ejemplo. El Evangelio de Mateo cuenta (Mt 16:16-17) que cuando el Señor Jesús le preguntó a sus discípulos quién creían ellos que Él era, Pedro contestó: "*tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*". Entonces Jesús le dijo "*Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielo*s".

Ahí queda claro que la realidad de Jesús no era accesible a la percepción de la "carne" y la "sangre", sino que para reconocerla se requería de una revelación divina. Pero la historia secular sólo puede pensar dentro de los límites de lo humano -la carne y la sangre-, ya que debido a su propia perspectiva está cerrada a la gracia que podría abrirle la comprensión de la naturaleza sobrenatural de los hechos que pretende examinar.

Frente a eso, se objetará que la divinidad de Jesús está más allá de la historia, y que el historiador sólo se pregunta por la historicidad de su naturaleza humana. En nuestra cultura secular esa pregunta parece legítima, pero ¿lo es?

No lo es para el cristiano. Pues lo sería sólo si la naturaleza humana de Jesús pudiera separarse de su naturaleza divina. O bien, para extender la cuestión a toda la Biblia, lo sería si los hechos narrados en la historia sagrada fueran independientes de la acción de Dios en dicha historia. Pero el Señor Jesús encarnó en la historia con *una naturaleza divina y una naturaleza humana unidas en la misma persona*, tal como expresó sintéticamente el Concilio de Calcedonia. Y, a su vez, la historia sagrada, la historia revelada por Dios, no puede ser separada de Su intervención en ella.

Aún así, alguien podría insistir en la objeción diciendo que desde que el Cristianismo afirma que Dios se hizo hombre y asumió un cuerpo corruptible, es legítimo plantear la cuestión de su historicidad en términos mundanos. De modo que la prueba de la existencia histórica del Señor Jesús no debería ser distinta a la prueba de la existencia de, por ejemplo, Alejandro Magno.

Pero sucede que el gran rey de Macedonia y Asia no fue anunciado por los profetas desde el comienzo de la historia (Gn 3:15), no hacía milagros, no se transfiguró frente a los suyos, y no resucitó de la muerte. Parafraseando al apóstol Pedro cuando evocando a Isaías dijo (1 Pe 1:24-25) "*Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre*", podemos decir que la existencia de Alejandro Magno era como la hierba y su gloria terrena como la flor, ambas destinadas a perderse. Lo que la historia conserva de él es una reconstrucción pero no su vida, no su realidad.

En cambio, la existencia del Señor Jesús, en tanto Palabra de Dios, es imperecedera. Lo que la historia sagrada transmite sobre Él, no es mera reconstrucción histórica sino su verdad y su vida. Pues los apóstoles no eran simples cronistas sino hombres inspirados por el Espíritu Santo. Por eso la teología cristiana dice que el Evangelio *realiza lo que transmite*. Ya que a quien le es concedida la gracia de la fe, no encuentra en el texto sagrado una reconstrucción de sucesos empíricos sino el testimonio vivo de una Presencia.

Martín Lutero, quien más allá de sus fallos era un teólogo brillante y un cristiano de profunda fe, le decía a sus lectores que el Evangelio presenta a Jesús "*como un don y obsequio que te ha sido dado por Dios y te pertenece*". Así, quien cree que debería probar la existencia de Jesús como si fuera la de Alejandro Magno, no ha recibido el obsequio.

El error de los expertos cristianos

Como dijimos al comienzo, varios teólogos y académicos cristianos han tratado de defender la historicidad de las Escrituras asumiendo como válidas las normas definidas por la historiografía secular. Esos autores han creído que el Cristianismo debe adaptarse a los avances de la cultura, en particular en materia de metodología histórica y análisis literario, sin por eso renunciar a las verdades de fe. Pero al pensar así han caído en una trampa, y además, debido a su prestigio y autoridad social, arrastran a otros cristianos al mismo error.

Por cierto, es ingenuo e intelectualmente erróneo pensar que en los cuestionamientos sobre la historicidad de las Escrituras se trata solamente de que nuevos métodos e instrumentos de análisis obligan a revisar las formas antiguas y a-críticas de ver la historia. En realidad, lo que está en juego es *una lucha* entre concepciones distintas y antagónicas sobre el universo, el hombre y la historia.

Así, la crítica historicista moderna a las Escrituras no es meramente “científica” y por lo tanto “neutral”, sino que se ha desarrollado *en contra de la concepción cristiana de la historia*. Al respecto, el historiador y filósofo inglés Collingwood, hablando del resultado destructivo de la crítica histórica aplicada a la Biblia, observa: “*la destructividad de este resultado no se debió simplemente al empleo de los métodos críticos, sino al espíritu positivista con que se manejaron esos métodos”*. Pues ese "espíritu positivista" rechaza a priori la dimensión sobrenatural y providencial que es inherente a la historia revelada.

En un sentido similar, un teólogo estadounidense, Machen, señala que cuando la crítica liberal pretendió separar al Jesús histórico del Jesús divino, al cual consideraban mítico e inventado por la fe de sus discípulos, en realidad lo que hacían era separar lo natural de lo sobrenatural, y, en definitiva, lo creíble de lo increíble de acuerdo a la mentalidad agnóstica moderna. Pero el resultado no fue la identificación de un Jesús histórico dentro de los textos sino la creación de un Jesús ficticio hecho a la medida de la incredulidad de esos autores y de la cultura que los inspiraba.

Lo mismo vale para el Antiguo Testamento. Pues cuando se rechaza lo que es considerado “mito” para determinar lo realmente histórico, lo que en realidad se hace es *separar lo terrenal de lo providencial*. Es decir, se reduce la historia revelada a un nivel puramente humano. Y eso implica corromperla, porque en la Biblia los hechos históricos nunca están separados de la acción de Dios. La dimensión teológica no es algo que se añade ad extra a unos hechos históricos puramente mundanos, sino que *es inherente a los hechos mismos*.

Por lo tanto, un cristiano, antes de enredarse en discusiones acerca de la historicidad de los hechos narrados en las Escrituras, debería tratar de entender, a la luz de la fe y la doctrina, qué es la historia sagrada. Y cuando lo comprenda, comprenderá también que la historiografía profana no puede nunca ser la norma para evaluar la legitimidad de la historias narradas en las Escrituras.

Eso no impide que la historia secular, aun siendo *una reconstrucción relativa forjada desde una perspectiva culturalmente condicionada*, pueda brindar alguna información secundaria acerca de hechos que son parte de la historia sagrada. Por ejemplo, cuando estudios arqueológicos e históricos aportan datos sobre la geografía, las costumbres, las relaciones sociales, u otras cosas, de pueblos e individuos incluidos en la historia bíblica. Esos datos pueden ayudar a entender de una manera más amplia ciertas cosas que la Revelación transmite en su esencia, y de modo suficiente, pero sin preocuparse por los detalles. Por lo tanto, no decimos que la historiografía secular no tenga ningún valor; lo que decimos es que *no debe tomarse como norma* para la evaluación de las Escrituras.

La historia sagrada

Dado que los ataques a la Escritura usan como caballo de batalla la historicidad de los hechos, ante todo deberíamos preguntarnos ¿qué es un hecho histórico cuando es parte de la historia sagrada revelada en las Escrituras?

Bien, en principio se debe comprender que el hecho en la historia sagrada *no es del mismo tipo* que el hecho estudiado por el historiador secular en su trabajo. Pues en la historia sagrada los hechos no son sólo la reconstrucción de algo sucedido en el pasado sino *una palabra de Dios dirigida a nosotros*. De modo que la historiografía profana, al enfocarse en el hecho como objeto, como recreación objetivada del pasado, pierde lo esencial: que ese hecho *es un mensaje divino*.

Por eso mismo, el apóstol Juan (Jn 20:31) declara en su Evangelio: "*estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre*". Es decir, la historia de Jesús no fue narrada para transmitir un hecho pasado sino para propiciar una gracia presente: que creyendo en Su Nombre tengamos vida eterna.

Otro tanto cabe decir del Antiguo Testamento. No es la descripción de un acontecimiento la que revela su sentido sino la comprensión que la propia Biblia tiene del mismo. Tomemos por ejemplo el éxodo. Al respecto dice acertadamente Hoekema: "*solamente al ser interpretado el acontecimiento del éxodo por los escritores del Antiguo Testamento se puede entender que dicho éxodo es una revelación del poder redentor y del amor redentor del Dios de Israel quien, en cumplimiento a sus promesas y en respuesta a las oraciones de su pueblo, lo libró de la esclavitud egipcia*". Así, en el éxodo no se habla de hechos históricos en el sentido secular sino de *hechos providenciales*: el poder y el amor redentor de Dios hacia su pueblo son inseparables de los hechos narrados.

Dicho de modo general, en la historia sagrada el hecho jamás está separado de los propósitos de Dios. Incluso cuando un hecho parece ser opuesto a la voluntad de Dios, como la resistencia del Faraón a la partida de los judíos, o la traición de Judas, siempre es un eslabón en la realización de los designios divinos.

Pero la historiografía secular moderna no puede incluir a la providencia de Dios en sus reconstrucciones porque se lo impide su perspectiva de base; es decir su concepción del mundo, del hombre y de la historia. Como dice Bloch "*la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia"*. Sin embargo, al prescindir del elemento providencial en la historia sagrada, lo que queda no es la historicidad "científica" de los hechos narrados sino una ficción confeccionada a la medida de la incredulidad del hombre moderno. Dicho de otro modo, al privar artificialmente a los hechos de la Biblia de su dimensión sobrenatural y providencial, no se obtiene una historia más "objetiva" sino una caricatura deforme, una profanación.

La historia a la luz de la Biblia

Cabe señalar, para ir terminando, que la Biblia no sólo cuenta la historia tal como Dios quiso revelarla a los hombres, sino que ilumina indirectamente toda la historia humana al ponerla bajo la perspectiva de la revelación. Así, no es la historiografía secular la que puede determinar la verdad de la historia bíblica, sino ésta la que permite comprender la verdad de la historia secular.

Como dice Machen: "*la doctrina del propósito eterno de Dios es el fundamento sobre el que se basa toda la enseñanza de la Biblia. En la raíz de todos los acontecimientos de la historia humana, en la raíz de todos los cambios que tienen lugar en la vastedad inconmensurable del universo, en la raíz del espacio mismo y del tiempo, está el propósito misterioso y único de Aquel para quien no hay antes ni después, acá ni allá, para quien todas las cosas están presentes y ante quien todo está desnudo y manifiesto: el Dios vivo y santo*".

Por eso mismo, lo verdadero de los hechos históricos no es su mero acaecer empírico, sino su lugar en la realización de los designios divinos. La acción de Dios *es inherente a la*

trama y urdimbre de la historia. Y cuando se separan artificialmente los hechos de dicha acción, se los degrada. Y una historia degradada no es sino la expresión de una ideología.

En definitiva, la historia humana no puede ser verdaderamente comprendida sino a la luz de su origen y finalidad. Justamente por eso necesitamos la Biblia. Pues ésta nos revela que todas las contingencias, todo el juego de causas y efectos finitos, que constituyen la trama de la historia, cooperan, más allá de los propósitos humanos, en la realización de los designios de Dios.

Epílogo

La historiografía moderna desembocó en un nihilismo que reduce todo a una pura narrativa. De hecho hoy, irónicamente, los historiadores serios tienen que defender la historicidad de los hechos que estudian, frente a los críticos posmodernos que no admiten la distinción entre relato histórico y relato de ficción. Pero esa degradación de lo histórico fue en parte responsabilidad suya. Pues al negarse a reconocer la soberanía de Dios sobre la historia, contribuyeron a destruir el fundamento de la verdad histórica.

Eso formó parte de un proceso más amplio de destrucción de la verdad que abarca también a la sociedad y la naturaleza. No vamos extendernos en esto, porque para los fines limitados de este trabajo ya hemos dicho lo necesario. Lo que sí queremos señalar antes de terminar, es que la "pura narrativa" del nihilismo no es únicamente una postura intelectual y hermenéutica, sino que esconde algo más poderoso y siniestro. Pues lo que hoy ocupa el lugar de la verdad no es la mera narrativa, ya que si fuera así ningún relato sería más legítimo que otro, sino la *pura voluntad de poder*. Así, quien tiene el poder suficiente puede negar verdades e instalar mentiras, haciendo que todos acepten su narrativa como legítima. Una lectura atenta y honesta de la realidad actual del mundo permite comprobar lo que decimos.

Volviendo a nuestro tema, para los cristianos la única manera genuina de entender adecuadamente la Biblia es tener fe en ella. Y eso implica tener fe en el Señor Jesús; pues las Escrituras hablan de Él (Jn 5:39): "*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*".

En fin, estimado lector, si te sientes confundido, si la constante propaganda anti cristiana de la cultura actual ha logrado instalar en tu corazón una duda acerca de la existencia histórica de nuestro Señor, o de los hechos narrados por los apóstoles, o de la historia del pueblo elegido, no intentes salir de dudas entrando al campo del enemigo. Busca las respuestas en la propia Biblia. Entonces, rezando y pidiendo humildemente el auxilio del Espíritu Santo, podrás comprender que el único aval legítimo de la verdad de las Escrituras es la propia palabra de Dios.

Lázaro Lameiro
Noviembre de 2023

BIBLIOGRAFÍA

Santa Biblia versión Reina Valera (1960).

Obras consultadas durante la preparación de este trabajo:

Apología para la historia o el oficio del historiador, por Marc Bloch; Ed. FCE.

La Biblia y el futuro, Cap. III El sentido de la historia, por Anthony Hoekema; Ed. Libros Desafío.

Historia sagrada e historia profana, por Joaquín Barceló; Ed. Revista Dilemas Nro. 6, Chile.

Historicidad del hombre e historicismo, por Urbano Gil Ortega; disponible en el sitio Tradición Católica (Pinche para ir).

Historia y verdad, Cap. II *El cristianismo y el sentido de la historia*, por P. Ricoeur; Ed. FCE.

La idea de la historia, Cap. IV *La historia científica*, por R. G. Collingwood; Ed. FCE.

Las raíces de la cultura occidental, Cap. III *Historia, historicismo y normas*, por Herman Dooyeweerd; Ed. Clíe

Lo que se debe buscar en los Evangelios, por Martín Lutero; publicado por Iglesia Luterana Cristo Rey (Pinche para ir).

Pensar la historia, por Jacques Le Goff; Ed. Paidós.

Selected Writings of Machen, por J. G. Machen; Ed. John Hendryx

¿Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?, por F. F. Bruce; Ed. Caribe.

Visión cristiana del hombre, por J.G. Machen; publicado en Biblioteca de la Iglesia Reformada (Pinche para ir).